

ciales han hecho; pero danse tan buena maña, que con muchos se componen de manera, que pierden sus dineros y por mucho que den a los otros, se quedan ellos con más: es cosa no vista lo que dizen y aun lo que han sentido que el Señor D. Juan haya nombrado Auditor para que entienda en esto. Ha sido la cosa del mundo más acertada el aver enviado al Licenciado Biguera para muchos más, y principalmente para aclarar lo que a Su Majestad toca, que creo es una gran cantidad, si la saben bien desmenuzar, y es poco uno para entender en ello. Ay señor, y qué tierra para comprar, y lo que agora valdrá diez, de aquí a diez años valdrá ciento; no me pesaría que V. S. pensase en ello y se formase, que con mucha menos hacienda que lo que V. S. daba al Señor D. Diego, se puede comprar mucho mejor Estado: Su Majestad ha de vender y a muy buen precio y el acrecentamiento será mucho para el que lo comprara. Suplico a V. S. perdone carta tan larga, que es de las dos abaxo y no puedo dormir; y si es servido que le dé cuenta de niñerías hacerlo he. De que a mi señora la Princesa la aya parecido tan bien Pastrana despues de ser suya, lo creo muy bien; Vuesaseñorias la gocen muchos y largos años. A su Señoria le beso muchas veces las manos.—Del Real contra los moriscos a 16 de Mayo de 1569».



XV



PROBÓ Felipe II la propuesta de su hermano, y autorizóle para expulsar de Granada a todos los moriscos de diez años arriba y de sesenta abajo.

Debíaseles internar en lugares de Andalucía y Castilla que el mismo Rey indicaba, y entregarlos allí por nóminas a las justicias, para que tuvieran cuenta con ellos. Quería también el Rey, para evitar escándalos y llevar a cabo más suavemente aquella operación arriesgada, que no se les impusiese este destierro como pena, sino se les diese a entender que les apartaban de peligro por su bien y quietud, y que, allanada la tierra, se cuidaría de ellos y serían remunerados los inocentes y leales. Pocos había que lo fuesen de hecho, y de intención, ninguno.

La operación, como decía D. Felipe, era peligrosa en efecto por dos extremos distintos. Era de temer que exasperados los moriscos al verse descubiertos, intentasen algún último y supremo golpe de mano: y era igualmente posible que al verlos presos e inermes el populacho de Granada, se levantase contra ellos y cometiese algún bárbaro atro-

pello en sus personas y haciendas. Prevínolo todo D. Juan con gran sigilo y prudencia: mandó apercibir primero toda la gente de guerra que había en la ciudad y en los lugares de la vega, y el 23 de Junio, víspera de San Juan (1569), hizo publicar de improviso un bando general, mandando que en el término de dos horas todos los moriscos que moraban en la ciudad de Granada, y en su Alcazaba y Albaicín, así vecinos como forasteros, se recogiesen a sus respectivas parroquias...

El espanto de los moriscos fué inmenso, y la sorpresa y el terror ahogaron en ellos todo conato de resistencia: reconocíanse en su interior reos de las mayores penas, y temieron que les encerraban para degollarlos.

Acudieron todos con grande alboroto de llantos y gemidos a la plaza de Bib-el-Bonut, donde estaba la residencia de los jesuitas, y dieron allí lastimeras voces llamando al famoso P. Juan de Albotodo, morisco de origen, que tantas veces fuera su protector, su amparo y también su víctima. Salió el Padre a una ventana, sin bonete ni manteo, como estaba en casa, y oyó aquellos clamores desgarradores, que ya no osaban pedir hipócritamente justicia, sino misericordia al Rey, y a él caridad y amparo para salvar sus vidas. Era Albotodo santo de veras; como de cuarenta años, demacrado de cuerpo y cara, muy atezado y de cabello y ojos tan negros y relucientes, que delataban a la legua su origen árabe.

Bajó Albotodo a la plaza, y tales cosas hicieron y dijeron aquellas miserables gentes, que enternecidas las harto blandas entrañas del jesuíta, corrió a la Audiencia sin detenerse a tomar capa ni sombrero, dispuesto a mover el corazón del Presidente Deza, y si necesario fuera del propio D. Juan de Austria. Siguiéronle todos con grandes gemidos hasta la salida del Albaicín: mas ninguno osó bajar la cues-

ta, pues el peligro y la mala conciencia habíales tornado cobardes, como acontece siempre a los criminales.

Llegó el jesuíta a la Audiencia jadeante, y recibióle el Presidente como si viese delante de sí a un ángel bajado del cielo. Su intervención no podía ser más oportuna, porque nadie como él podía tranquilizar a los moriscos y convencerles de que nada se atentaba contra sus vidas. Y tan de buena fe obraba D. Pedro Deza, que ofrecióse espontáneamente a dar al jesuíta una cédula firmada de su nombre, en que aseguraba las vidas a los moriscos. Tomóle la palabra el Padre: escribió él mismo la cédula; firmóla D. Pedro Deza, y satisfecho con esto el jesuíta corrió de nuevo al Albaicín, agitando por encima de su cabeza la cédula, como si quisiese adelantar la esperanza a aquellos infelices que abominaba como reos, pero compadecía profundamente como hermanos y sentenciados.

Leyó el P. Albotodo la cédula desde la ventana: *creyéronle porque era clérigo*, dice un cronista, y decidieron entonces a entrar en las parroquias cabizbajos, sombríos, recelosos, porque a medida que se afirmaba en ellos la esperanza de la vida, renacía también aquella su saña y su rencor que solo podía extinguir la muerte.

Mandó D. Juan guardar las parroquias con varias compañías de infantería, y seguro ya el orden por parte de los moriscos, prevínolo también por parte de los cristianos, publicando un bando en que daba palabra en nombre de S. M. de que tomaba a los moriscos encerrados debajo del amparo y seguro real, y certificaba a todos que no les sería hecho daño, y que sacarlos de Granada era para desviarlos del peligro en que estaban puestos entre la gente de guerra.

Todo el mundo, sin embargo, amaneció al otro día en Granada inquieto y lleno de zozobra, porque habíanse de trasladar los moriscos de las parroquias donde habían pa-

sado la noche al Hospital Real, fuera de puertas, y ser allí entregados a los Escribanos y Contadores reales, para que aquéllos los inscribiesen y éstos se comisionaran de internarlos en los lugares de Castilla y Andalucía de antemano designados. Temíanse alborotos y atropellos por una y otra parte, y hubiéralos habido en efecto, si la prudencia de D. Juan no lo hubiera prevenido todo. Mandó, pues, formar en escuadrones desde el amanecer toda la gente de guerra en el llano que había entre la puerta de Elvira y el Hospital Real, que era lo más difícil y expuesto. Capitaneaba al primero de estos grupos el propio D. Juan de Austria y los otros tres el Duque de Sesá, Luis Quijada y el Licenciado Briviesca de Muñatones.

Situóse D. Juan a la puerta del hospital, que era el punto más difícil, llevando por delante, para más autorizarse, su Guión de Capitán General, que era de damasco carmesí muy guarnecido de oro, con una imagen de Cristo por un lado y otra de su Santísima Madre por el otro. La piedad hacia aquellos infelices, inermes y desarmados, pudo, sin embargo, más en los granadinos que el rencor y deseos de venganza, y pudieron todos bajar del Albaicín, cruzar la ciudad y entrar en el hospital sin que nadie les molestase.

«Fué un miserable espectáculo, dice Luis del Mármol, testigo, actor y cronista de todos aquellos hechos, ver tantos hombres de todas edades, las cabezas bajas, las manos cruzadas, y los rostros bañados en lágrimas, con semblante doloroso y triste, viendo que dejaban sus regaladas casas, sus familias, su patria, su naturaleza, sus haciendas, y tanto bien como tenían, y aún no sabían cierto lo que se haría de sus cabezas».

Por dos veces, sin embargo, estuvo a punto de estallar la catástrofe: pues sucedió que a un capitán de la infantería de Sevilla, llamado D. Alonso de Arellano, ocurriósele por

necio afán de singularizarse, poner un crucifijo en el asta de una lanza, cubierto con un velo negro, y llevarla así como insignia al frente de su compañía que custodiaba moriscos de dos parroquias. Vieron la enlutada enseña unas moriscas en la calle de Elvira, y creyendo que roto ya el seguro de D. Juan les llevaban a degollar los maridos, levantaron el lloro y comenzaron a gritar en aljama mesándose los cabellos: «¡Oh desventurados de vosotros, que os llevan como corderos al degolladero! ¡Cuánto mejor os fuera morir en las casas donde nacisteis!» Calentáronse con esto los ánimos y hubieran llegado a las manos cristianos y moriscos, a no llegar a tiempo Luis Quijada para calmarlos, ofreciendo de nuevo el seguro y mandando retirar el crucifijo.

A la puerta misma del Hospital Real prodújose otra confusión inmensa. Un barrachel o capitán de alguaciles, llamado Velasco, dió un palo a un mancebo morisco algo falto de seso: tiróle éste a la cabeza medio ladrillo que llevaba debajo del brazo, y le hendió una oreja: con lo cual, creyendo muchos en la confusión que el herido era D. Juan de Austria, pues vestía de azul lo mismo que el barrachel, echáronse los alabarderos sobre el morisco y le hicieron pedazos, y otro tanto hubiera sucedido a los que detrás venían, si D. Juan mismo no hubiese lanzado su caballo en mitad del remolino de gente y detenido a todos diciendo a voces con la lumbré de la indignación y la autoridad en los ojos: «¿Qué es esto soldados? Vosotros no veis que si a Dios desplace la maldad del infiel, por más ofendido se tiene de aquellos que profesan su ley; porque están más obligados a guardar la verdad a todo género de gentes, principalmente en cosas de confianza. Mirad, pues, lo que haceis; no quebranteis el seguro que les he dado, porque hasta agora no hay con que lo pueda innovar; y si la justicia de Dios tardara, no disimularé el ejemplo de su castigo».

Y dicho esto, mandó D. Juan a D. Francisco de Solís y a Luis del Mármol, que todo lo presencié y cuenta, que guardasen las puertas de la ciudad y no dejasen entrar a nadie dentro, para que el rumor no se extendiese, y al barrachel dijo que se fuese luego a curar, y dijese que no le había herido nadie, sino que su mismo caballo le había dado una cabezada.

Una vez fuera de Granada este foco peligroso en que se apoyaba la rebelión, propúsose D. Juan con toda la energía de su carácter, terminar a toda costa y en breve plazo aquella guerra salvaje, salidero continuo de sangre, de honra y de dinero; que lejos de apagarse crecía con las malquerencias y rapiñas de los cristianos, hasta el punto de no ser ya los moriscos los que se replegaban y defendían en las asperezas de las sierras, sino los que atacaban a cara descubierta, y sitiaban y tomaban lugares tan fuertes como los del río Almazora, y fortalezas tan pertrechadas como el castillo de Serón, donde mataron ciento cincuenta cristianos y cautivaron otros tantos con el Alcaide Diego de Mirones.

Ufano el reyezuelo Aben-Humeya con aquellos triunfos, crecía en orgullo aun más de lo que adelantaba en poder y atrevióse ya a escribir como Rey a D. Juan de Austria, pidiéndole la libertad de su padre D. Antonio de Valor, preso por delitos comunes en la Chancillería de Granada desde meses antes de la sedición. Envióle esta carta con un muchacho cristiano, cautivo en Serón, y dióle un salvoconducto que decía a la letra: «Con el nombre de Dios misericordioso y piadoso. Del estado alto, ensalzado y renovado por la gracia de Dios, el Rey Muley Mohamet Aben-Humeya, haga Dios con él dichosa la gente afligida y atribulada de poniente. Sepan todos que este mozo es cristiano de los de Serón, y va a la ciudad de Granada con

negocios míos, tocantes al bien de los moros y de los cristianos, como es costumbre tratarse entre Reyes. Todos los que le vieren y encontraren déjenle pasar libremente y seguir su camino, y ayúdenle y denle todo favor para que lo cumpla: porque el que lo contrario hiciere, que le estorbare o prendiere, condenado se ha en pérdida de la cabeza». Y abajo decía: «Esbribiólo por orden del Rey Aben Chapela», y a la mano izquierda, debajo de los renglones, estaban unas letras grandes, que parecían de su mano, que decían: «Esto es verdad», imitando a los reyes moros de África, que no acostumbran firmar sus nombres sino por aquellas palabras, por más grandeza.

No consintió D. Juan en recibir carta ni mensajero de un hereje alzado en armas: mas leída aquella y examinado éste por el Consejo, decidióse no dar respuesta alguna; pero que el padre de Aben Humeya, D. Antonio de Valor, respondiese a éste que le trataban bien en la cárcel; que no era cierto le hubiesen dado tormento como se propaló falsamente, y que le afease al mismo tiempo como padre su proceder de rebelde, y le aconsejase la sumisión y el arrepentimiento.

Tornó de allí a poco Aben Humeya a escribir a D. Juan y a su padre D. Antonio de Valor, enviando esta vez las cartas por el Xoaybí, alcaide de Guejar, el cual traidor las leyó y retuvo con ánimo de acusarle y prenderle, como lo hizo en efecto.





XVI

SALIÓ al fin D. Juan a campaña con todos los bríos de su natural esforzado, y de sus deseos por tanto tiempo comprimidos en aquella lucha continua con sus consejeros, todos en pugna, que tan gráficamente pintó D. Diego Hurtado de Mendoza en su lacónica y famosa carta al Príncipe de Évoli: «Ilustrísimo Señor: Verdad en Granada no pasa; el señor D. Juan escucha; el Duque (Sesa) bulle; el Marqués (Mondéjar) discurre; Luis Quijada gruñe; Muñatones apaña; mi sobrino (1) allá está y acá no hace falta».

Envió, pues, D. Juan un cuerpo de ejército hacia las Alpujarras, con el Duque de Sesa al frente, y arremetió él con el otro, lo primero a Guejar, madriguera formidable donde tenían los moriscos uno de sus principales centros de operaciones, reforzado entonces con turcos y moros berberiscos. Cayeron allí de improviso siguiendo las hábiles

(1) Este sobrino era el Conde de Tendilla, hijo de Mondéjar, que había ido a Madrid a llevar quejas y consultas de su padre al Rey.

maniobras por D. Juan combinadas, y apoderáronse del lugar y del castillo con menos pérdidas y dificultades de las que se temían.

Huyóse el primero el Alcaide Xoaybí y fuése pregonando por todas partes, en odio a Aben-Humeya, que andaba éste en tratos con los cristianos para acabar la guerra y entregar a todos los moriscos, lo cual probaba mostrando las cartas detenidas por él en Guejar e interpretándolas falsamente. Creyéronle todos los agraviados de Aben-Humeya, que eran muchos, y muy principalmente entre ellos un tal Diego Alguacil, natural de Albacete de Ujijar, que le guardaba rencor profundo, por haberle quitado Aben-Humeya con malas artes una prima suya viuda, que tenía por manceba. Seguía la morisca por fuerza al reyezuelo: pero siempre mantenía correspondencia con su primo, y ella le avisaba los pasos que seguía y los planes que tiraba Aben-Humeya.

Aprovechábase el Diego Alguacil de estas ventajas y junto con un sobrino llamado Diego de Rojas y del renegado Diego López Aben-Aboo, tintorero del Albaicín, y de los capitanes turcos venidos de Argelia Huscein y Caracax, fraguaron una maraña, que no por ser contra un malvado como Aben-Humeya, dejaba de ser inicua. Falsificaron cartas de éste a Aben Aboo mandándole degollar a traición a todos los turcos, y en unión de ellos fuéronse a Laujar de Andarax, donde estaba Aben-Humeya, con intento de prenderle y de matarle. Tuvo éste algún aviso de lo que se urdía, y decidióse a huir a Valor en la madrugada del 3 de Octubre: mas detúvole aquella noche una zambra de mujerzuelas, y cansado de festejar, dejó el viaje para el siguiente día, teniendo ya los caballos ensillados: lo cual fué causa de su perdición, pues aquella madrugada llegaron Diego Alguacil, Aben-Aboo y los suyos y le asaltaron la casa, cogiéndole desprevenido.

Salió Aben-Humeya a la puerta a medio vestir, con una ballesta en la mano y detrás la morisca viuda: mas como comprendiese a primera vista aquella mala hembra lo que pasaba, abrazóse a él como poseída de miedo, pero en realidad de verdad para impedirle el juego de los brazos y el uso de la ballesta y dar lugar a que le prendieran. Hicieronlo así Aben-Aboo y Diego Alguacil: atáronle las manos con un almaizar (1) y las piernas, muy apretadas, con una cuerda de cáñamo. Juntáronse luego con los capitanes turcos, y en presencia de la morisca comenzaron a juzgarle y hacerle proceso. Presentáronle las cartas falsas, y él, como inocente y maravillado, negó enérgicamente: mas arrojáronle al suelo de un empellón, como a hombre ya sentenciado a muerte, y comenzaron en su presencia a saquearle la casa y a repartirse sus mujeres, dineros, ropas y alhajas, acabando a la postre por designar a Aben-Aboo por sucesor de aquel desdichado, que veía así a sus más mortales enemigos repartirse en vida toda su herencia.

Veíalos Aben-Humeya desde el rincón en que yacía agarrado, y perseguíales con amargas razones que revelaban lo hondo de su saña y la negrura de su alma... Que él no había pensado nunca en ser moro, sino en vengarse de unos y de otros... Que había ahorcado a sus enemigos, amigos y parientes: cortádoles las cabezas, robado sus mujeres, quitádoles sus haciendas, y pues había ya él cumplido sus gustos y venganzas, saciasen ellos la suya, que no por eso habían de arrancarle aquella satisfacción del fondo de su alma... Cuando oyó que era Aben-Aboo el designado para sucederle, dijo que moría contento; porque presto seguiría también los pasos en que a la sazón él se hallaba.

(1) Llamábase así la toca de gasa que usaban los moros en la cabeza por gala: era listada de colores con rapacejos y flecos que adornaban los extremos, para que colgando éstos de la cabeza sirvieran de mayor adorno.

Llevaronle al amanecer a otro cuarto Diego Alguacil y Diego de Rojas, y allí le estrangularon con un cordel, tirando cada cual de un cabo. A la mañana sacaronle fuera, y como a cosa despreciable en un muladar le enterraron.

Mientras tanto adelantaba D. Juan de Austria barriendo a los moriscos de lugar en lugar y de peña en peña hacia las Alpujarras, donde había de cortarles el paso el otro cuerpo de ejército. Y era tal su ardimiento, previsión y deseo de participar así de las responsabilidades del jefe como de las fatigas y peligros del soldado, que dice a este propósito el entonces veterano D. Diego Hurtado de Mendoza: «Y a los que nos hallamos en las empresas del Emperador, parecía ver en el hijo una imagen del ánimo y provisión del padre, y su deseo de hallarse presente en todo, en especial con los enemigos». No le desamparaba un momento Luis Quijada, conteniendo a cada paso su fogosidad harto imprudente en lo que a su persona tocaba, pues le hacía exponer su vida con peligrosa frecuencia.

Tropezó, sin embargo, D. Juan en este camino de triunfos con la desesperada resistencia que en la villa de Galera le hicieron, donde hasta las moriscas pelearon con el empuje de varones esforzados. Era esta villa muy fuerte de sitio: estaba puesta sobre un cerro muy prolongado a manera de galera, de donde tomaba el nombre, y tenía en lo más alto un castillo antiguo cercado de torronteras muy altas de peñas, que suplían la falta de los caídos muros. Estaban dentro de la villa más de tres mil moros de pelea, con buen golpe de turcos y berberiscos, y tan segura la creían éstos, que habían almacenado en ella trigo y cebada para más de un año y grandes tesoros de oro, plata, sedas, aljófár y otras cosas de precio.

Hizo D. Juan un detenido reconocimiento de la villa des-

de unos altos cerros que la señoreaban, con Luis Quijada, el Comendador mayor de Castilla y otros capitanes de cuenta y mandó luego disponer las baterías y trincheras para preparar el asalto. Atendió D. Juan personalmente a esta obra haciendo de capitán general y de soldado; porque habiéndose de ir por la atocha de que se hacían las trincheras a unos cerros lejanos, ibase a pie delante de los soldados para animarles al trabajo, y traía su haz a cuestras como cada uno, hasta ponerlo en la trinchera. Comenzaron a batir la torre de la iglesia antes de que amaneciese, con dos cañones gruesos, y a pocos tiros hízose un portillo alto y no muy grande, por donde dieron el asalto y la entraron D. Pedro de Padilla, el Marqués de la Favara, D. Alonso de Luzón y otros caballeros animosos de los que seguían a D. Juan con sus gentes por puro amor a su persona. Siguió batiendo la artillería unas casas al parecer de tierra que había al lado de la iglesia; mas cuando se intentó por ellas el segundo asalto fué tal la desesperada rabia con que los moros les rechazaron y tan fuerte la defensa que aquellas miserables casucas ofrecían, que hubieron de retirarse los cristianos con grave daño, dejando acorralados dentro varios caballeros principales que porfieron por ir delante. Fué uno de ellos D. Juan de Pacheco, caballero del hábito de Santiago, al cual despedazaron miembro a miembro por rabia que dió a los moros la cruz roja que llevaba en los pechos. Había llegado dos horas antes al real desde Talavera de la Reina, su patria, y sin más que besar la mano a D. Juan, entróse en la pelea donde halló la muerte.

No se desanimó D. Juan por este fracaso, y después de mandar abrir minas y plantar nuevas baterías ordenó otro asalto para el 20 de Enero, que por haber salido las minas cortas resultó un segundo desastre. Pelearon con rabioso valor por ambas partes, y el alférez D. Pedro Zapata llegó

a plantar su bandera en el muro enemigo con tanto denuedo, que si la disposición de la entrada diera lugar a que le socorrieran otros, ganárase la villa aquel día; pero la estrechez del lugar impidió todo socorro, y cargando los moros sobre él le derribaron muy mal herido por la batería abajo, abrazado a su bandera que nunca soltó, ni le pudieron arrancar aunque muy reciamente le tiraban. Murieron este día más de trescientos soldados, entre ellos muchos capitanes y hombres de cuenta, y quedaron heridos más de quinientos.

Trocóse el dolor de D. Juan en rabia no disimulada, y aquel día juró asolar a la Galera y sembrarla de sal, y pasar a cuchillo a todos sus moradores: lo cual cumplió muy en breve, pues dispuesto otro tercer asalto con nuevas minas que entraban hasta los mismos cimientos del castillo y abiertas enormes brechas con artillería gruesa traída de Güeskar, voló casi todo el pueblo con horrisono estruendo y temblor de tierra que hizo estremecer todo el cerro, y lanzáronse los cristianos dentro y fueron ganando palmo a palmo la villa, hasta acorralar más de mil moros en una plazoleta y degollarlos allí sin piedad ni misericordia. Corría la sangre por las calles y resbalaba por las peñas, viniendo a cubrir las matas y zarzas como de flores rojizas. Cogióse botín inmenso de cosas de mucho precio, y mandando D. Juan recoger la gran cantidad de trigo y de cebada que tenían allí almacenada los moros, ordenó también a D. Luis del Mármol, que todos estos hechos cuenta, asolar la ciudad y sembrarla de sal, como lo tenía jurado.

Abandonó D. Juan de Austria la Galera y fuese sin tomar respiro a sitiar la villa y castillo de Serón, donde le aguardaba la primera pena grave que amargó su vida. Acampó sus tropas en Canilles y desde allí quiso ir a reconocer en persona el lugar, llevando consigo al Comendador

mayor de Castilla y a Luis Quijada con dos mil arcabuceros escogidos y doscientos caballos.

Viéronles llegar los moros de Serón y comenzaron a hacer ahumadas desde el castillo con grande prisa, pidiendo socorro. Salieron muchos a tirotear a los cristianos desde las laderas, y huyendo aquéllos y persiguiéndoles éstos, entraron todos en el lugar, que parecía abandonado: veíanse a las moras correr a guarnecerse en el castillo, y menudeaban desde allí las ahumadas y señales. Desparramáronse los soldados con gran desvergüenza saqueando las casas, y para más asegurar el botín encerráronse muchos en ellas: mas de repente aparecieron más de mil moros de Tíjola, Pucherna y demás lugares del río, atraídos por las ahumadas, y el pánico de los cristianos fué entonces inmenso. Huyeron todos a la desbandada sin querer soltar el botín que tenían ya entre las manos, y embarazados con la carga tropezaban y caían y amontonábanse, ofreciendo certero blanco a piedras, flechas y balas.

Veía D. Juan desde el cerro en que se hallaba aquella confusión indigna en que peligraban las vidas de los soldados y el decoro de sus armas, y lanzó en mitad de ellos denonadamente su caballo, gritando con heroico esfuerzo: —«¿Qué es esto, españoles?... ¿De quién huis?... ¿Dónde está la honra de España?... ¿No teneis delante a D. Juan de Austria, vuestro capitán?... ¿De qué temeis?... Retiraos con orden, como hombres de guerra, con el rostro al enemigo y vereis presto arredrados estos bárbaros de vuestras armas...»—

Mas vió también Luis Quijada el peligro que corría don Juan tan al alcance de las balas, y lanzóse a toda brida para retirarle... En el mismo momento dió una pelota de arcabuz en la celada del Príncipe, que a no ser ésta tan fuerte dejárale allí sin vida. Revolvióse Luis Quijada como

león a que hieren su cachorro, y lanzó el caballo de frente, como si quisiese aplastar al que hubiese disparado. Diéronle entonces a él un escopetazo en el hombro, y viósele tambalear primero y caer después pesadamente del caballo, entre gritos de dolor y alaridos de rabia de los que le rodeaban. Cubríale ya D. Juan con su cuerpo, y con admirable presencia de ánimo mandó retirarle a Canilles con escolta de Tello de Aguilar y los caballos de Jeréz de la Frontera.



XVII

LLEGÓ Luis Quijada a Canillas muy abatido, en una camilla de troncos de árboles, conducida por cuatro soldados que sin cesar se remudaban: lleváronle a su posada, pobre y desnuda como de campaña y en lugar enemigo, y allí acudieron los físicos de D. Juan para hacerle la cura. Devorábale la sed, pedía agua de continuo y preocupábale más que todo lo que hubiese podido ser de D. Juan en el apurado trance en que le dejara. Llegó al cabo Juan de Soto, nuevo secretario de D. Juan, por haber muerto el buen Juan de Quiroga meses antes en Granada. Dijo que D. Juan había logrado ordenar la retirada de las tropas con hartas pérdidas, y recibido él tan furiosa pedrada en la rodela, que el guijarro quedó casi incrustado en el hierro: cosa maravillosa, pero no única ni extraña en el empuje de aquellos terribles honderos moriscos, que igual daño hacían de una pedrada que de un arcabuzazo.

Volvió D. Juan a Canilles ya entrada la noche, con el brazo izquierdo algo desconcertado por el terrible rebote de la rodela al recibir la pedrada: fuese derecho a casa de

Luis Quijada y encerróse con los médicos. Declaráronle éstos mortal la herida del veterano: mas no veían aún la muerte al ojo, y sin esperanza de evitarla, creían, sin embargo, detenerla al menos por algunos días. Afligióse don Juan profundamente, y acordóse lo primero de D.^a Magdalena. Hallábase esta señora en Madrid, por tener más prontas y seguras nuevas de la guerra, y allí le mandó aquella misma noche D. Juan un correo con verdaderas y detalladas noticias de lo sucedido. Y como conocía el gran corazón y ánimo esforzado de la señora y no dudó un momento de que una vez sabedora del suceso, volaría al punto al lado de su esposo, enviola también un itinerario escrito de su mano, marcándole los lugares más seguros por donde podía hacer aquel viaje indudablemente temerario, por la aspereza del camino, lo crudo de la estación, la edad misma de la señora, que alcanzaba ya los cincuenta años, y sobre todo por el peligro continuo de ser sorprendida y atacada por los monjes moriscos desparramados por toda aquella parte del reino de Granada, que era entonces teatro de la guerra.

Para prevenir tamaños peligros, escribió D. Juan a todos los lugares en que había presidios, que eran los más de ellos, mandando diesen a D.^a Magdalena a su paso fuerte y segura escolta, y dispuso también que saliesen todos los días dos correos, uno al amanecer y otro al caer de la tarde, para que tuviese diariamente noticia, ya fuese en Madrid, ya en el camino al fin de cada jornada. Escribía el propio D. Juan de su mano estos partes diarios, después de consultado y oído el parecer de los médicos.

Envió D. Juan a D.^a Magdalena estas primeras noticias con su ayuda de cámara favorito y de confianza Jorge de Lima, y no se equivocó un punto en lo que había pensado de la animosa señora; pues no bien supo ésta la fatal nueva,

dispuso al punto su viaje sin vacilaciones ni aturridos apresuramientos, sino con la serena calma y la prudente actividad con que arrostran las situaciones difíciles las almas de superior temple. Acompañáronla su hermano el Marqués de la Mota D. Rodrigo de Ulloa, varios deudos y amigos y algunos criados con buen número de gente armada y de toda confianza. Hizo este viaje D.^a Magdalena en litera hasta Granada y de allí a Canilles cabalgando en poderosas mulas que le prestó el Arzobispo; y tan largas fueron las jornadas y tan cortos los descansos, que en cinco días recorrió las sesenta leguas que la separaban de su esposo y señor Luis Quijada.

Mientras tanto sentíase éste acabar *my poco a poco*, como le decía a él mismo el Emperador la víspera de su muerte: había D. Juan suspendido las operaciones, y asistíale y cuidábale por sí mismo el mayor tiempo posible. Enternecian al viejo soldado estos cuidados filiales, y dábale consejos, hacíale advertencias y encomendábale con afán a la buena D.^a Magdalena, aunque todavía no se figuraba él en verdadero trance de muerte.

Mas cuando supo por D. Juan mismo que ya venía doña Magdalena de camino y conoció las amorosas precauciones que había él tomado para proteger su viaje, arrasáronse en lágrimas los ojos del veterano, y poniendo su única mano disponible sobre la cabeza de D. Juan, apretósele con varonil y supremo esfuerzo. La proximidad de la muerte dejaba al descubierto la ternura de su corazón y alejaba por el contrario las asperezas de su carácter.

El 20 de Febrero (1570) encontróse muy postrado y dióse cuenta por vez primera de que estaba próxima la muerte. Pidió al punto los Sacramentos y trájole D. Juan un fraile franciscano de los que seguían al ejército, que estaba allí en el convento de Canilles. Era este fraile el por aquellos

días famoso Fr. Cristóbal de Molina, héroe de Tablate, cuyo horrendo barranco atravesó el primero sobre una frágil tabla con el halda del hábito remangada, la espada en una mano, un Cristo en la otra y tan grande terror de los moriscos y heroica emulación de los cristianos, que el arrojado del fraile decidió la derrota de aquéllos, la victoria de éstos y la libertad de Orgiva, apretada ya al extremo por el rey-zuelo Aben-Humeya. Era Fr. Cristóbal, chiquitillo y mal encarado y desagradó a Luis Quijada su primera vista; y como D. Juan, que le veneraba mucho, le preguntase el motivo, contestóle Quijada cándidamente:

—Distráeme y turba pensar cómo hombrecillo tan ruín pudo hacer hazaña tan temeraria.

Confesó, sin embargo, con él con grande contrición de sus pecados, y aquel mismo día trajéronle el Viático de Santa María y recibió la Unción, asistido siempre por don Juan, que con gran cariño le descubría las manos y los pies para que le ungiesen los santos Oleos. Hizo al otro día ante el auditor del ejército Juan Bravo, un extenso codicilo, cuyas cláusulas todas respiran esa sencilla piedad, a veces ruda, de los grandes valientes de otros tiempos, en la cual estaba sin duda alguna todo el secreto de su fortaleza. Dice un autor famoso, nada devoto por cierto: «El cielo sonríe al soldado que puede lanzarse a través del combate arrojando este santo grito de guerra: ¡Creol!»

Dejaba Luis Quijada por herederos de todos sus cuantiosos bienes no vinculados a los pobres, y usufructuaria de ellos a D.^a Magdalena. Fundaba pósitos y Montes de piedad en sus cuatro villas de Villagarcía, Villanueva de los Caballeros, Santofimia y Villamayor, fundaba escuelas, pensionaba hospitales con renta especial para que no faltase quien auxiliara a los moribundos, y ponía cláusulas referentes a D.^a Magdalena tan tiernas como ésta: «Y si a

D.^a Magdalena le pareciere que es mejor juntar nuestras haciendas y hacer algun monasterio de Frayles ú Monjas, con tal que no sean de las Descalças, que por ser tan fria la tierra de Campos no podrian allí vivir, en tal caso doy poder a D.^a Magdalena, con mis testamentarios, para que juntamente con ellos lo dispongan y ordenen, pues la voluntad de ambos ha sido hacer una fundación perpétua con su hacienda y la mia, y que allí nos enterremos juntos y tengamos en muerte la misma buena compañía que tuvimos en vida».

Amaneció Luis Quijada el día 23 algo trastornado ya por la calentura, y poco antes del mediodía llegó Jorge de Lima anunciando que sólo traía de ventaja a D.^a Magdalena una hora de camino. Salió D. Juan a recibirla a la entrada del lugar, y llevóla él mismo de la mano a la cabecera de Quijada. No la reconoció éste al pronto en medio de su delirio: mas desaparecióle éste a la madrugada al bajar la calentura, y tuvo con ella tiernas y largas pláticas. Turbósele otra vez la razón en la tarde del 24 y ya no volvió a recobrarla: fuese acabando poco a poco aquella robusta vida, y el 25 de Febrero al anochecer espiró dulcemente como quien pasa de un sueño natural a otro sueño eterno. Sosteníale D. Juan la mano en que empuñaba la candela de la agonía: presentábale D.^a Magdalena por el otro lado el crucifijo, y Fr. Cristobal de Molina, arrodillado a los pies, hacía la recomendación del alma.

En el momento de espirar abrazóse D. Juan a D.^a Magdalena, apretándole fuertemente sobre su corazón, como si quisiese indicarle que allí le quedaba él para amarla y ampararla: escondió la señora un momento el rostro en aquel leal pecho, y escapáronse allí tres o cuatro sollozos roncocos y secos, que más parecían estallidos de varonil dolor, que muestras de debilidad femenina: mas repúsose al punto

y con gran serenidad y devoción cerró los ojos al cadáver, sellándose los, al modo del tiempo, con gotas de cera de la candela de la agonía; manteníale ella cerrados los párpados con sus dedos, y D. Juan iba dejando caer sobre ellos las gotas de cera. Estaban presentes el Comendador mayor D. Luis de Requesens, el Marqués de la Mota y todos los demás capitanes y caballeros que cabían en la menguada vivienda: los demás agolpábanse en la calle, esperando tristemente el fatal desenlace.

Pusiéronle al cadáver su armadura de combate y en señal de devoción vistiéronle encima un capillo franciscano: tenía las manos cruzadas sobre el pecho, sosteniendo entre ellas su espada, que formaba una cruz en la empuñadura. Dispuso D. Juan que se expusiera el cadáver toda la mañana ante el ejército, en unas andas adornadas con trofeos y banderas, y por la tarde lleváronle a enterrar en el convento de Jerónimos de Baza, que era el lugar escogido por el mismo Quijada, mientras no dispusiera D.^a Magdalena su traslado a otra parte. Púsose en movimiento todo el ejército con los arcabuces vueltos hacia abajo, las lanzas, picas y banderas arrastrando, roncós los tambores, los clarines y pífanos destemplados. Llevaban las andas los capitanes más antiguos, alternando, y detrás iba D. Juan en una mula encapazonada de luto hasta tierra, con loba él y capirote que le cubría hasta los ojos: llevaba delante su guión de capitán general, no vuelto de través como las demás banderas, sino único enarbolado y sin mudanza, y seguíanle el Comendador mayor y todos los jefes del ejército, más o menos enlutados, según la estrechez del lugar les había permitido proporcionarse telas negras.

Detúvose todavía D.^a Magdalena tres días en el campo, y partióse al cabo de ellos para el convento del Abrojo, donde pensaba retirarse durante algunas semanas. Iba en

una litera muy cómoda, toda enlutada, que D. Juan le había proporcionado, y acompañóla él hasta dos leguas más allá de Canilles, cabalgando siempre al lado de la litera. Allí se separaron, triste ella como quien deja detrás todo cuanto amaba: triste él también, pero como se puede estar triste a los veintitrés años!... (1).

(1) Los restos de Luis Quijada fueron trasladados con gran pompa a Villagarcía por D.^a Magdalena de Ulloa, dos años después, en 1572, y allí reposa frente a los de su esposa en el altar mayor de la iglesia de San Luis, al lado del Evangelio: sobre su sepulcro había una estatua suya, que ya no existe, y este epitafio, que se conserva: *Debaxo de este sagrado altar está enterrado el Excmo. Sr. Luis Quijada, Mayor domo del Emperador Carlos V, Caballerizo mayor del Príncipe D. Carlos, Capitan general de la infantería española, Presidente del Consejo de Indias y Consejero de Estado y guerra del Rey D. Felipe II, nuestro señor; Obrero mayor de Calatrava, Comendador del Moral, señor de Villagarcía, Villamayor, Villanueva y Santofimia, fundador de esta capilla y hospital. Murió peleando contra los infieles, como lo avia deseado, a 25 de Febrero año de 1570. No tuvo hijos, dexó su hacienda a los pobres y obras pias: feliz en todo, y mucho más en que éstas se cumpliesen con la piedad, liberalidad y fidelidad con que la Excmo. Sra. D.^a Magdalena de Ulloa, su mujer, lo cumplió.*





XVIII

REHIZO D. Juan su ejército durante aquellos días que acompó en Canilles, y cayó de nuevo sobre Serón con tan grande ímpetu y buena fortuna, que no pudieron los moros hacer otra cosa sino huir, incendiando antes la población y el castillo. Entró luego en Tíjola, Purchena, Cantoria y Tahalí, y siguió bordeando el río Almanzora de triunfo en triunfo, con tal pavor de los moros que al solo anuncio de su llegada huían sin tino, abandonándole sin resistencia lugares y fortalezas; lo cual, no solo era debido al gran renombre de valor y energía adquirido por D. Juan, sino debíase también a que aquel mozo de veintitrés años era ya de aquellos valientes y honrados caudillos que solo hacen la guerra para llegar a la paz, y mientras espantan por un lado al enemigo con el estruendo de sus victorias, tiéndenle por otro la mano en secreto para llegar a un acuerdo justo que economice la sangre, aunque pierda su gloria algunos rayos de relumbrón.

Tiempo hacía que meditaba D. Juan un acuerdo con los moriscos, y en el mayor secreto hablalo encomendado al capitán Francisco de Molina, amigo desde la niñez de Her-

nando el Habaquí, caudillo de los moros en aquella tierra. Avistáronse, pues, con gran disimulo los dos antiguos amigos, y no desagradó al Habaquí la propuesta: era hombre muy discreto, y contra lo que solían ser los de su raza, leal y franco. Discutiéronse las condiciones, y convencido al cabo el Habaquí, prometió hacer todo lo posible para traer al reyezuelo Aben-Aboo al acuerdo. No fió tanto D. Juan de estos tratos, que se decidiese a suspender las operaciones de la guerra; sino que la siguió por el contrario cruda y sangrienta por Terque, el río Almanzora y los Padules de Andarax. Mas al llegar a Santa Fe, el 17 de Abril, andaban ya tan adelantadas las negociaciones que se decidió a publicar un bando preparando la reducción, cuyos principales artículos eran los siguientes:

«Prométese á todos los moriscos que se hallaren rebeldes fuera de la obediencia y gracia de Su Majestad, así hombres como mujeres, de cualquier grado y condición que sean, que si dentro de veinte dias, contados desde el dia de la data de este bando, vinieran á rendirse y á poner sus personas en manos de Su Majestad y del Sr. D. Juan de Austria en su nombre, se les hará merced de las vidas, y mandará oír y hacer justicia á los que después quisieran probar las violencias y opresiones que habrán recibido para se levantar; y usará con ellos en lo restante de su acostumbrada clemencia, así con los tales, como con los que, demás de venirse á rendir, hicieren algun servicio particular, como será degollar ó traer captivos turcos ó moros berberiscos de los que andan con los rebeldes, y de los otros naturales del reino que han sido capitanes y caudillos de la rebelión, y que obstinados en ella, no quieren gozar de la gracia y merced que Su Majestad les manda hacer.

»Otrosí: á todos los que fueren de quince años arriba y de cincuenta abajo, y vinieran dentro del dicho tiempo á

rendirse, y trajeran a poder de los ministros de Su Majestad cada uno una escopeta o ballesta con sus aderezos, se les concede las vidas y que no puedan ser tenidos por esclavos, y que además desto puedan señalar para que sean libres dos personas de las que consigo trajeren, como sean padre o madre, hijos o mujer o hermanos; los cuales tampoco serán esclavos, sino que quedarán en su primera libertad y arbitrio, con apercibimiento que los que no quisieran gozar desta gracia y merced, ningún hombre de catorce años arriba será admitido a ningún partido; antes todos pasarán por el rigor de la muerte, sin tener dellos ninguna piedad ni misericordia».

Esparciéronse millares de traslados de este bando por todo el reino de Granada, y desde el mismo momento comenzaron a presentarse moriscos en demanda de indulto, así en el campo de D. Juan, como en el del Duque de Sesa. Traían todos una cruz de paño o lienzo de color cosida en la manga izquierda, para que se les reconociese desde lejos y no les hicieran daño, según marcaba por contraseña uno de los artículos del bando. Mientras tanto cumplía su palabra el Habaquí de alcanzar poderes de Aben-Aboo para someterse, y rogaba a D. Juan que nombrase comisionados para tratar la forma en que había de hacerse la sumisión del reyezuelo, la suya propia y la de los otros jefes cuyos poderes tenía. Avistáronse en Fondon de Andarax, el viernes 19 de Mayo, los caballeros nombrados por D. Juan con el Habaquí y los suyos, y determinóse que fuese éste en nombre de todos a echarse a los pies de D. Juan de Austria pidiendo misericordia de sus culpas, y le rindiese la bandera y las armas.

Salieron, pues, aquel mismo día para los Padules, donde D. Juan estaba acampado, el Habaquí y los caballeros comisionarios, con trescientos escopeteros moros que aquel traía

por escolta. Venía el Habaquí en un caballo argelino muy bien enjaezado a la usanza árabe; traía turbante blanco, caftán de grana y por todas armas una damasquina con muchas piedras preciosas: era hombre muy enjuto y de buen tipo, con barba rala que comenzaba ya a blanquearle. A su lado llevaba un alférez de la escolta la bandera de Aben-Aboo, de damasco turquesado con media luna en el asta, y unas letras que decían en árabigo: *No pude desear más ni contentarme con menos*,—y seguían los escopeteros puestos en orden a cinco por hilera. Tomáronles en medio cuatro compañías de infantería española que les estaban aguardando en el límite del campamento, y al pasar la línea entregó el Habaquí la bandera de Aben-Aboo al Secretario Juan de Soto que cabalgaba a su lado. En esta forma pasaron por entre los escuadrones de a pie y de a caballo puestos en formación, que tocaban sus instrumentos y les hicieron una hermosa salva de arcabucería que duró un cuarto de hora.

Esperábale D. Juan de Austria en su tienda, rodeado de todos los capitanes y caballeros del ejército: hallábase armado de punta en blanco; tenía un paje la celada, y otro, al lado derecho, el Guión de Capitán General. Apeóse el Habaquí en frente de la tienda, y fuese derecho a echar a los pies de D. Juan diciendo:—¡Misericordia, Señor, misericordia nos conceda Vuestra Alteza en nombre de Su Majestad, y perdón de nuestras culpas, que conocemos haber sido graves!—Y quitándose la damasquina que llevaba ceñida, dióselo en la mano diciendo:—Estas armas y bandera rindo a Su Majestad en nombre de Aben-Aboo y de todos los alzados cuyos poderes tengo.—Y al mismo tiempo arrojó Juan de Soto a los pies de D. Juan la bandera del reyezuelo.

Mirábale y escuchábale D. Juan con tan serena y apaci-

ble majestad en el rostro, que bien representaba la justicia y la misericordia que tenía a su cargo. Mandóle levantar y tornándole a dar la damasquina, díjole que la guardase para servir con ella a Su Majestad. Hízole después muchas mercedes y favor, y mandó a sus caballeros que igualmente se las hiciesen: llevóle a comer aquel día en su tienda don Francisco de Córdoba, y al siguiente el Obispo de Guadix, que se hallaba en el campo.

Celebróse al otro día en el campamento la fiesta del *Corpus Christi*, con la pompa y solemnidad posibles en aquel desierto, y el regocijo natural en quienes creían concluida ya tan desastrosa guerra. A carros y brazadas traían los soldados las flores y yerbas aromáticas que tanto abundan por Mayo en aquella feracísima tierra, para adornar el altar y la carrera que había de seguir el Santísimo Sacramento. Engalanaron con fragantes y hermosas guirnaldas la tienda en que se decía Misa, que se levantaba en alto y como en una gran plazoleta en el centro del campamento, y plantaron en torno frescas alamedas y arcos de verdura con banderas y gallardetes. Habían tomado los soldados a punto de honra el adornar sus tiendas, y no quedaba una sola que no apareciese engalanada con guirnaldas, banderas y altaricos de distintas invenciones, encontrándose en muchas de ellas ricas telas y objetos preciosos procedentes de botines y saqueos. Llevaba la custodia el Obispo de Guadix bajo un palio de brocado cuyas varas delanteras sostenían D. Juan de Austria y el Comendador Mayor de Castilla, y las de detrás D. Francisco de Córdoba y el Licenciado Simón de Salazar, Alcalde de la casa y corte del Rey: adelante caminaban en dos hileras todos los frailes y clérigos que había en el campo, que eran muchos, y los caballeros, capitanes y gentileshombres, con hachas y velas de cera ardiendo en las manos. Hallábanse formados de un

cabo a otro del campamento todos los escuadrones de infantería y gente de a caballo con sus banderas desplegadas, y al pasar el Santísimo Sacramento doblaban las rodillas, humillábanse las armas, besando el polvo estandartes y banderas, rompían las músicas en himnos marciales y atronaban los aires salvas de arcabucería que duraban lo menos un cuarto de hora. Predicó aquel día, dice Luis del Mármol, un fraile de San Francisco, el cual con muchas lágrimas alabó a Nuestro Señor por tan gran bien y merced como había hecho al pueblo cristiano en traer a los moriscos a conocimiento de su pecado; y sobre esto dijo hartas cosas con que se consoló la gente».

Mas eran por desgracia harto prematuros aquellos regocijos y consolaciones: porque de allí a poco tornóse atrás el traidor Aben-Aboo de todo lo pactado y héchose fuerte en las Alpujarras, comenzó a impedir con atrocidades y castigos la reducción de los moriscos que a bandadas corrían a someterse, y pidió nuevo auxilio a los reyes de Argel y de Túnez. Ardiendo en ira Hernando el Habaquí, leal y honrado por su parte, fué a las Alpujarras jurando reducir a Aben-Aboo, o traerle a presencia de D. Juan de Austria, atado a la cola de su caballo. Mas el astuto moro supo armarle una celada en que el leal Habaquí cayó incautamente, y dióle traidora muerte ocultando por más de treinta días el cadáver en un muladar envuelto en un zarzo de cañas.

Pocos fueron sin embargo, los partidarios que quedaron a Aben-Aboo después de este crimen descubierto; y perseguido él sin tregua ni descanso, huía de cueva en cueva viendo menguar siempre su gente, hasta quedar reducida ésta a poco más de doscientos hombres. Hartos ya y cansados también éstos, púsose de acuerdo Gonzalo el Xeniz, que era Alcaide sobre los Alcaides, con un platero de Gra-

nada que llamaban Francisco Barrado, para reducir de una vez a Aben-Aboo o quitarle la vida, pues que era él la causa de que la perdieran tantos. Citó pues, una noche el Xeniz a Aben-Aboo en las cuevas de Bérchul, con pretexto de que tenía que platicar con él cosas que convenían a todos. Acudió Aben-Aboo solo, pues de nadie fiaba donde pasaba la noche. Díjole el Xeniz:

—Abdalá Aben-Aboo: lo que te quiero decir es que mires estas cuevas, que están llenas de gente desventurada, así de enfermos como de viudas y huérfanos, y ser las cosas llegadas a tales términos, que si todos no se dan a merced del Rey, serán muertos y destruídos; y haciéndolo quedarán libres de tan gran miseria.

Cuando Aben-Aboo oyó esto, dió un grito que parecía se le arrancaba el alma, y echando fuego por los ojos, dijo:

—¡Cómo, Xeniz!—¿Para esto me has llamado?—¿Tal traición me tenías guardada en tu pecho?—¡No me hables más, ni te vea yo!

Y diciendo esto fué para la boca de la cueva: mas un moro que se decía Cubeyas, asíóle por detrás los brazos, y un sobrino del Xeniz le dió con el macho de la escopeta en la cabeza y le aturdió y derribó al suelo: dióle entonces el Xeniz con una losa y le acabó de matar. Tomaron entonces el cuerpo, y envuelto en unos zarzos de cañas, lo llevaron atravesado en un macho a Bérchul, donde esperaban Francisco Barrado y su hermano Andrés. Abrióronle allí y le sacaron las tripas, henchiendo el cuerpo de sal para que no se pudiese ni hediera: pusiéronle montado en un macho de albarda, con una tabla delante y otra detrás por debajo de las vestiduras, de manera que parecía ir vivo. A la derecha iba el platero Barrado a caballo, a la izquierda el Xeniz con la escopeta y alfanje del muerto; en torno los parientes del Xeniz con sus arcabuces y escopetas, y a re-

taguardia Luis de Arroyo y Jerónimo de Oviedo con un estandarte de caballos. De esta manera entraron en Granada con gran concurso de gente, deseosa de ver el cuerpo del tintorero del Albaicín, que osó llamarse Rey en España: en la plaza de Bibarrambra hicieron salva los arcabuceros y otro tanto ante las casas de la Audiencia, contestando siempre la artillería de la Alhambra. Salió el Presidente D. Pedro Deza, y entrególe el Xeniz la escopeta y el alfanje de Aben-Aboo, diciendo que hacía como buen pastor, que no pudiendo traer a su amo la res viva, le traía el pellejo. Cortaron allí mismo la cabeza al cadáver, y abandonando el cuerpo a los muchachos que le arrastraron y quemaron luego, pusiéronla clavada en una jaula de hierro en la puerta del Rastro, frente al camino de las Alpujarras con un rótulo debajo que decía:

Esta es la cabeza
Del traidor de Aben-Aboo
Nadie la quite
So pena de muerte.

Así acabó esta famosa guerra de los moriscos, próximo escalón por donde subió D. Juan de Austria a la cumbre de su gloria.

FIN DEL LIBRO SEGUNDO

UNIVERSIDAD DE NUEVO LEON
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA
"ALFONSO REYES"
No. 1625 MONTERREY, N.M.